

Bibliografía: Teología de la Caridad, Royo Marín.

Noción sobre el Espíritu Santo.

El **Espíritu Santo** es, como ya dijimos, el término del amor nocional en Dios. Es el resultado del amor inefable con que se aman mutuamente el Padre y el Hijo.

He aquí cómo se verifica esta maravillosa procesión del Espíritu Santo. El Padre, contemplándose a sí mismo desde toda la eternidad, forma o engendra una Idea infinita que le representa y expresa totalmente. Es como su Verbo mental, una especie de Palabra substancial y viviente en la cual se dice y expresa todo entero. Viendo este Verbo, Imagen perfectísima de sí mismo reflejada en el espejo limpiísimo de la esencia divina, el Padre le ama con un amor sin límites. Y el Verbo, que es la Luz del Padre, su Pensamiento, su Gloria, su Hermosura, el Esplendor de todas sus perfecciones infinitas, devuelve a su Padre un amor semejante, igualmente eterno e infinito. Y, al encontrarse la corriente impetuosa de amor que brota del Padre con la que brota del Hijo, salta-por decirlo así un torrente de llamas, que es el Espíritu Santo: Amor único, aunque es mutuo, viviente y subsistente; abrazo, vínculo, beso inefable que consume al Padre y al Hijo en la unidad del Espíritu Santo.

El P. De Regnon expresa esta realidad inefable con una comparación muy bella. He la aquí:

«¡Dios mío, Padre, Hijo y Espíritu Santo! ¿Me consentiréis una comparación tomada del más tierno de los amores entre vuestras obras? Yo me imagino dos pequeños gemelos que juegan entre sí y se abrazan a la vista de su madre. A aquella edad que ignora todavía el egoísmo, el amor brota derechamente del uno al otro, y no se oye más que un solo grito de alegría que sale a un mismo tiempo de ambos corazones: «Te quiero»; y la madre, íntimo testigo, se regocija con esta palabra: ~, ¡Se aman!»

« ¡Dios mío, Padre, Hijo y Espíritu Santo!, vuestro misterio es mucho más puro y bello. Es un Padre y un Hijo que se dicen mutuamente: “Te amo”, y esta exclamación es tanto más única cuanto la virtud de exhalarla viene a la vez del Padre y del Hijo; y este amor es de tal suerte íntimo, que es su propio y único testigo; y tan substancial, que es una tercera persona que los une».

Por su parte, el docto y piadoso Sauvé saca de esta doctrina fecundas enseñanzas para la vida práctica. He aquí algunas de ellas:

“En el Espíritu Santo se consuma el impulso del Padre hacia el Hijo y del Hijo hacia el Padre. «Hay-dice Santo Tomás-tendencia del Padre hacia el Hijo y recíprocamente, esto es: tendencia del amante hacia el amado» (1 37,1 ad 3). El amor de amistad tiende hacia fuera: ésta es su condición. Y así, en Dios, fuente y dechado del amor de caridad y amistad, hay un infinito impulso del Padre y del Hijo, uno hacia otro; impulso inmenso, viviente y personal. Y no penséis que ese impulso, al terminarse, al consumarse en el Espíritu Santo, deja de ser activo; antes lo es en tal grado, que grandes doctores, como San Cirilo, le llaman 4a Acción natural, viva y subsistente de la substancia divina»; o da perfecta, completa y viviente Operación, como dice San Atanasio.

El impulso de la luz, que recorre tan aceleradamente el espacio; el impulso del astro hacia su término, que huye constantemente delante de él; el impulso del meteoro que cae; el del rayo que hiende el cielo desde oriente a occidente; el del proyectil hacia su blanco; el del corazón más apasionado hacia su ídolo.... no son sino imitaciones lejanas del infinito impulso que hay en Dios.

Y este impulso divino y su término infinito, el Espíritu Santo, están en mi alma. ¿Hasta qué punto la arrastran? ¿Cuáles son mis aspiraciones hacia el Padre y el Hijo, de quienes el Espíritu Santo es el atractivo; y hacia el Espíritu Santo, atractivo divino en persona? ¿Cuáles son mis ardores apostólicos respecto de las almas? ¿Cuáles mis deseos del cielo, cuál mi impulso hacia Dios, belleza infinita; cuál mi esperanza de poseerle, cuál mi deseo de la virtud, de la perfección que me manda o aconseja; cuáles mis plegarias para obtener la gracia de servirle mejor acá abajo y de verle en el cielo, y cuáles mis temores de oferiderle y de verme eternamente privado de su amor por la condenación? ¡Infelices condenados! Separados de todo cuanto les embelesaba y seducía en la tierra, volverán a sentir en la eternidad este impulso hacia Dios que está en el fondo de nuestra naturaleza, y que el Espíritu Santo quería haber divinizado en ellos por la gracia y la gloria. Este impulso arrancará, por decirlo así, al alma de sí misma; pues, eternamente atraída por este profundo atractivo, no podrá ni querrá seguirlo; enormemente infeliz, será al propio tiempo eternamente perversa, no queriendo arrepentirse ni amar”.

Y comentando, un poco más abajo, el nombre de *ósculo divino* entre el Padre y el Hijo con que la tradición cristiana designa también al Espíritu Santo, escribe todavía el mismo autor:

«Pensemos en el ósculo más puro y tierno: en el beso de una madre a su hijo. ¡Cuántas cosas exquisitas se hallan en este beso! Mejor aún, pensemos en el beso que María, la más pura de las vírgenes y la más amorosa de las madres, daba al Niño Jesús, su hijo y su Dios, y en el beso que el divino Niño le devolvía. Pensemos en la unión de aquellas dos almas, en la fusión de aquellos dos corazones. Y de aquí levantémonos todavía más al ósculo y unión eterna del Padre y del Hijo. Este ósculo es el Espíritu Santo. ¡Oh ángeles y santos! Vosotros, que no alcanzaríais a decirnos la ternura y gozo que había en el beso de María y de su divino Niño, ¿podríais explicarnos el amor que hay en este ósculo ardiente, viviente, personal, que es el Espíritu Santo?»

Yo sé, ¡oh Espíritu divino!, que sois también el ósculo con que Dios abraza al alma, y el alma abraza a su Dios. En vos es donde tiene con ella una comunicación inefable y una familiaridad que causaba estupor a los santos».

Efectivamente: estas realidades sublimes llenaban de admiración y de estupor a los santos. Bajo la acción de los dones del mismo Espíritu Santo, que les proporcionaban una inefable *experiencia de lo divino* 13, los santos desfallecían de amor ante estas maravillas que dejan indiferentes a la mayor parte de los hombres. Inmersos en la materia, preocupados únicamente por las cosas de la tierra, los corazones mundanos están del todo incapacitados no ya para *sentir*, sino incluso para entender estas divinas exquisiteces. Ya San Pablo advierte que «el hombre animal no percibe las cosas del Espíritu de Dios; son para él locura y no puede entenderlas, porque hay que juzgarlas espiritualmente” (1 Cor. 2,14). En el cielo la contemplación de estas divinas maravillas constituirá el fondo substancial de nuestra eterna y embriagante felicidad.